

Remo Bodei
Generaciones

Edad de la vida, edad de las cosas

PENSAMIENTO HERDER

Dirigida por Manuel Cruz



Herder

Remo Bodei

Generaciones

Edad de la vida, edad de las cosas

Traducción de
Maria Pons Irazazábal

Herder

Título original: Generazioni. Età della vita, età delle cose

Diseño de la cubierta: Purpleprint creative

Traducción: María Pons Irazazábal

Edición digital: José Toribio Barba

© 2014, Gius. Laterza & Figli, Roma-Bari

© 2016, Herder Editorial, S.L., Barcelona

1.ª edición digital, 2016

ISBN DIGITAL: 978-84-254-3459-4

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com).

Herder

www.herdereditorial.com

Índice

[1. LAS TRES EDADES DE LA VIDA](#)

[2. GENERACIONES](#)

[3. HEREDAR Y RESTITUIR](#)

1. Las tres edades de la vida

1. Entre juventud y vejez existe una simetría inversa: los jóvenes tienen poco pasado a sus espaldas y mucho futuro por delante; los viejos, por el contrario, tienen mucho pasado a sus espaldas y poco futuro por delante. Ante los jóvenes se despliegan las esperanzas, a los viejos no les quedan más que los recuerdos. En los primeros el futuro se abre a lo posible y, en la imaginación, se puebla de expectativas y de deseos; en los segundos el pasado supera las otras dimensiones del tiempo, mientras el presente se desliza, necesariamente y con un movimiento acelerado, hacia un futuro próximo en el que el mundo seguirá existiendo sin ellos.

Entre las distintas y tradicionales divisiones de la vida humana —además de la que contempla cuatro partes, siguiendo las estaciones del año, y de otras que, como en las estampas populares, distinguen hasta seis y ocho fases— domina la que se articula en juventud, madurez y vejez. El motivo de su clara preponderancia (extendida metafóricamente también al ciclo vital de las naciones y de las civilizaciones) procede de la repetida experiencia cotidiana del curso del sol: salida, cenit, ocaso. En esa división, la preferencia se asigna normalmente a la madurez, símbolo de plenitud, de glorioso mediodía, de cumbre de la parábola de la existencia y de objetivo alcanzado, equilibrio feliz entre memoria del pasado y proyección en el futuro. Según las palabras de Shakespeare, la madurez es «todo»,¹ aunque si leemos a Oscar Wilde, «ser inmaduros significa ser perfectos»,² no renunciar nunca a nuevos cambios.

La juventud es, por lo general, inmadura, inexperta, impetuosa, está colmada de deseos. La vejez, en cambio, es a menudo melancólica, resentida, irritable, temerosa y débil (etimológicamente, el viejo es «imbécil», porque tiene necesidad de apoyarse en un bastón, *in baculo*). La primera pasa rápidamente, avanza a grandes zancadas, movida por fuertes instintos y pasiones; la segunda —extenuadas o reducidas las energías propulsoras— se mueve, incluso físicamente, «a cámara lenta», arrastrando los pies hacia el pasado, la única dimensión del tiempo que le pertenece por completo y que todavía considera suya, mientras que el futuro, más aún que en otras edades, se cierne desvaído o amenazador. Al intentar atribuir retroactivamente un significado a la propia existencia, el viejo se da cuenta de que se halla ante una empresa imposible: «Tras haber intentado dar un sentido a la vida, adviertes que no tiene sentido plantearse el problema del sentido, y que la vida debe ser aceptada y vivida en su inmediatez como hace la gran mayoría de los hombres. ¡No hacía falta tanto para llegar a esta conclusión!».³

Mientras los jóvenes aspiran por lo general a conseguir bienes materiales e inmateriales, los viejos viven bajo el signo del agustiniano *metus amittendi*, del miedo a perderlo todo, de avanzar en el crepúsculo hacia lo desconocido o, tal vez, hacia la nada. Al comprobar, afligidos, que las energías del cuerpo y del espíritu desfallecen, experimentan una imparable hemorragia de vida. Por eso a menudo se confían a Dios, repitiendo inconscientemente las palabras del Salmista: «No me arrojes, llegado a la vejez, / ni al faltarme las fuerzas me abandones» (Sal 71,9-10). Sienten que la vida huye, con un movimiento tanto más acelerado cuanto más descienden al shakesperiano «valle de los años». Su miedo es entonces más inquietante que el de los más jóvenes, ya que —como advertía a comienzos del siglo XVIII Madame de Lambert en su *Traité de la Vieillesse*— son más conscientes de que «nous ne vivons que pour perdre» [«nosotros vivimos para acabar»].⁴

Esta distinción en tres franjas de edad, elaborada teóricamente por Aristóteles en la *Retórica*, me servirá de piedra de toque para comparar en primer lugar los cambios producidos en nuestra actual división de las edades de la vida. Examinémosla más de cerca. Para Aristóteles, los jóvenes «viven la mayoría de las cosas con esperanza; porque la esperanza mira a lo que es futuro, mientras que el recuerdo mira al pasado». Los viejos, por el contrario, no gozan del mismo modo de esta pasión: «Y son amantes de la vida, y más hacia su último día, porque el deseo tiene por objeto lo que no está o no se tiene, y aquello de que se carece se apetece más».

La plenitud, el luminoso y sereno mediodía de la vida del individuo, está en el punto medio, en la madurez, ya que la juventud peca por exceso y la vejez por defecto: «Cuanto de bueno se reparte entre la juventud y la ancianidad, todas las cosas que poseen unos y otros, todas las tiene también el hombre maduro, y de las cosas que a unos les sobran y a otros les faltan, posee lo que es moderado y adecuado».⁵

Como observó agudamente Maquiavelo en sus *Discursos*, el juicio sobre el pasado se modifica al mismo tiempo que nosotros, varía con la variación de nuestros apetitos y con el desarrollo de nuestra experiencia. Lo demuestra el ejemplo de los viejos y de todos los «defensores» de las cosas pasadas, acostumbrados a «alabar» el tiempo que fue y a «criticar» el presente. Su actitud, añade Maquiavelo, solo sería justificable si los viejos conservaran las mismas pasiones y los mismos intereses de su juventud: «Así sería si los hombres conservaran toda su vida el mismo juicio y tuvieran las mismas pasiones; pero variando aquel y estas, y no el tiempo, no puede parecerles este lo mismo cuando llegan a tener otros gustos, otros deseos y otras consideraciones en la vejez que en la juventud. Con la edad van perdiendo los hombres las fuerzas y aumentando su prudencia y su juicio, y necesariamente lo que les parecía en la juventud, soportable y bueno, en la ancianidad lo tienen por ma-

lo o insufrible; no es, pues, el tiempo lo que cambia, sino el juicio».⁶

En épocas normales y pacíficas, el «hombre circunspecto», esto es, prudente y maduro de juicio y de edad, puede llegar a gobernar felizmente sus diferentes situaciones. Pero en épocas difíciles o de mutaciones rápidas, tiene más éxito el «impetuoso», el joven, que por naturaleza está abierto a lo nuevo, dotado de mayor osadía y de menor respeto por el pasado y por el presente. De ahí la tan famosa conclusión de Maquiavelo: «Yo creo firmemente esto: que es mejor ser impetuoso que circunspecto, porque la fortuna es mujer, y es necesario, queriéndola doblegar, someterla y golpearla. Y se ve que se deja vencer más fácilmente por estos que por los que actúan con frialdad; ya que siempre, como mujer, es amiga de los jóvenes, porque son menos circunspectos, más feroces y la dominan con más audacia».⁷

Aunque en las culturas tradicionales la vejez generalmente ha sido exaltada (decía Demócrito que «la fuerza y la belleza son atributos de la juventud; pero la flor de la vejez es la moderación»),⁸ la juventud siempre ha sido elogiada por su belleza y energía, y no desde luego por su sensatez, y ha sido añorada en cuanto uno percibe que el color rosado y fresco del rostro y de los miembros (el *lumen iuventae purpureum* y el *verecundus color*) empieza a amarillear y a apegaminarse.⁹ Por esto, cuando uno se hace viejo, a menudo siente estupor y le embarga un absurdo sentimiento de incredulidad al constatar el cambio que se ha producido en sus rasgos: «¡Ay!, clamarás, al verte en el espejo, ¡oh Ligurino!, en mutación tan brusca: ¿Por qué, cuando más joven, no me rendí al amor, que ahora me turba? ¿O por qué ahora, cuando al fin me rindo, no vuelve a mis mejillas su frescura?». ¹⁰

Frente a los tradicionales elogios a la vejez (de Cicerón a Mantegazza) como edad en que se ha alcanzado la sabiduría, también es Maquiavelo el primero en comprender que en épocas caracterizadas por la «gran variación de cosas

que se han visto y se ven cada día, más allá de cualquier humana conjetura»,¹¹ los viejos por lo general saben comprender menos su propio tiempo (y actuar en consecuencia) que los jóvenes. Debido a su menor flexibilidad para adaptarse a lo nuevo, se quedan tanto más rezagados cuanto más velozmente se desarrollan la sociedad y la cultura.

Como ya observaba Durkheim, el respeto por los viejos «se va debilitando con la civilización. Muy desenvuelto en otros tiempos, redúcese hoy a algunas prácticas corteses inspiradas en una especie de piedad. Más que temer a los viejos se les compadece. Las edades están niveladas. Todos los hombres que han llegado a la madurez se tratan casi como iguales. A consecuencia de esta nivelación las costumbres de los antepasados pierden su ascendiente pues no tienen cerca del adulto representantes autorizados».¹²

2. Es bien sabido que la memoria se pierde, si no se ejercita o si estuviera enferma;¹³ pero también es fácil constatar que los viejos recuerdan más los hechos que pertenecen a un pasado remoto que los acaecidos recientemente. Este último fenómeno fue estudiado y analizado, en 1881, por el médico filósofo Théodule Ribot en su libro sobre las enfermedades de la memoria, donde sostenía, desde un punto de vista evolutivo, que los estratos más recientes de la conciencia y del cerebro (la corteza cerebral) son los más inestables, mientras que los elementales y arcaicos son más resistentes y duraderos y menos susceptibles de disolución. Lo que es complejo desaparece más fácilmente frente a lo que es más simple o menos vinculado a la experiencia de la repetición. Por consiguiente, los recuerdos más antiguos se conservan mejor que los más recientes, según afirma la todavía hoy célebre «ley de Ribot», citada a menudo en relación con una forma típica de amnesia senil: «Hemos demostrado que la destrucción de la memoria sigue una ley [...]. Es una regresión de lo más nuevo a lo más antiguo, de lo complejo a lo simple, de lo voluntario a lo automático, de lo menos organizado a lo más organizado. La exactitud

de esta ley de regresión está comprobada por los casos, bastante raros, en que la disolución progresiva de la memoria va seguida de curación; los recuerdos se rehacen en el sentido inverso de su pérdida». ¹⁴

Respecto a la experiencia vivida, Norberto Bobbio reformuló así la teoría de Ribot: «El viejo vive de recuerdos y para los recuerdos, pero su memoria se debilita día tras día. El tiempo de la memoria avanza al contrario que el real: los recuerdos que afloran en la reminiscencia son tanto más vivos cuanto más alejados en el tiempo estén aquellos sucesos. Pero sabes también que lo que ha quedado, o lo que has logrado sacar de aquel pozo sin fondo, no es sino una parte infinitesimal de la historia de tu vida». ¹⁵

Cuando prevalecen las reminiscencias y el pasado domina sobre el presente, cuando la mayoría de las personas que se han conocido está muerta, una *immensa vivendi cupido* ¹⁶ invade sobre todo a los viejos que, pese a sentir que la vida huye inexorablemente de su cuerpo y la lucidez abandona tal vez su mente, no se consideran tan mayores como para no creer que pueden vivir todavía un año más. ¹⁷

3. Esa subdivisión de la vida en tres estadios se ha mantenido prácticamente sin cambios durante milenios. Las primeras grietas en esta partición no aparecen hasta finales del siglo XVII, cuando, una vez concluido el ciclo de las grandes epidemias de peste y de lepra, la población europea empezó a crecer y los niños ya no morían prematuramente con la misma frecuencia de antes. Es en esta fase histórica cuando, por el hecho de vivir más años, se vuelven más «reconocibles», y es en este período cuando la infancia empieza a distinguirse claramente del conglomerado de la juventud. ¹⁸ Además, mientras que en las épocas anterior y posterior a la primera Revolución industrial los niños de entre seis y diez años se integraban en el núcleo familiar gracias, sobre todo, al trabajo precoz al que estaban obligados, su relación con los adultos solo adquiere un carácter predomi-

nantemente afectivo a partir de las clases medias urbanas del siglo XIX, cuando la edad laboral se retrasa bastantes años.¹⁹

Anteriormente, se valoraba poco la infancia. A los antiguos —Cicerón o Agustín—, la mera idea, que atraería a muchos de nosotros, de volver a ser niños les parecía simplemente penosa. Catón, en el ciceroniano *De senectute*, sostiene: «Y si algún dios me concediera volverme de esta edad a la de niño otra vez, y llorar en la cuna, me resistiría mucho, pues no quiero desde el fin de la carrera volverme otra vez al principio».²⁰ En el siglo XVII el cardenal Pierre de Bérulle, amigo y confesor de Descartes, llegó incluso a afirmar que la verdadera pasión de Jesús no fue tanto la crucifixión como haber sido obligado a pasar por la infancia en su existencia terrenal.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, y especialmente en la época romántica, la situación dio un vuelco con la exaltación y la idealización de la infancia. Con la aparición de los *Tres ensayos sobre la teoría sexual* de Freud (1905), y del psicoanálisis en general, se produce una confluencia con la tradición antigua, medieval y protomoderna, al afirmar que los conflictos, las heridas y el sufrimiento interior de los niños indican que esta fase de la vida no representa en absoluto el paraíso perdido y la presunta y tan ensalzada edad de la inocencia. Probablemente sin saberlo, Freud acaba confirmando así la convicción agustiniana de la maldad natural del niño: «Yo he visto y conocido a un niño que aún no sabía hablar. Tan celoso y envidioso estaba que miraba a un hermano suyo de leche lívido y con cara amarga. [...] Pero, ciertamente, no se puede llamar inocencia —cuando la leche mana abundante desde su fuente— oponerse al que está desesperadamente necesitado del mismo socorro y cuya vida depende del mismo alimento».²¹

Hoy en día las cosas han vuelto a cambiar, y en muchos países la infancia se ha prolongado más en el tiempo, porque «a la nueva generación se le ha pedido que no crezca

demasiado; cada niño ha de seguir siendo *el* niño, una especie de muñeco irrompible»,²² un pequeño ser al que hay que adorar cada vez más y cuyos caprichos hay que satisfacer por entero. La adolescencia («edad incierta») y la juventud también se han retrasado, invadiendo progresivamente el período antes reservado a la edad adulta.

En la adolescencia, en especial, la personalidad es por naturaleza inmadura, caótica, está desorientada, es difícil de gestionar no solo para quien la atraviesa en confusa búsqueda de sí mismo, sino también para los padres y para los educadores. El malestar se acentúa en las épocas en que se debilita el respeto debido a las jerarquías tradicionales, se relaja la disciplina antes vigente y ya no se practican solemnes ritos de paso a la edad adulta. Para Erikson, la adolescencia representa el momento crucial en la vida de los individuos, aquel en el que se construye la identidad a través de múltiples turbaciones, conflictos y crisis. Si el alcance y la consistencia de la personalidad se ensanchan elaborando e incluyendo los elementos que antes se le resistían, se le escapaban o le eran indiferentes, el dolor de las decisiones que hay que tomar contribuirá finalmente a robustecer el carácter²³ gracias a un proceso análogo al de las ostras, que transforman en perla, aislándolo y envolviéndolo, el factor de molestia y de sufrimiento que se ha introducido en su cuerpo.

4. Si bien en algunas partes del mundo la mortalidad infantil todavía es alta y la esperanza de vida corta, la vejez se ha prolongado, especialmente en Occidente, hacia una «edad bis» potencialmente productiva (la que los ingleses llamaban, refiriéndose a los ancianos más robustos, la *green old age*). De modo que la madurez ya no es «todo» ni la vejez es sinónimo de declive y decrepitud. No representa ya solamente la sabiduría o la fría antecámara de la muerte, sino el estadio alcanzado por numerosos hombres y mujeres que gozan de una relativa buena salud y que (conscientes de tener un cuerpo, con frecuencia silencioso e ignorado duran-

te la juventud porque estaba libre de enfermedades o discapacidades, mientras que ahora está marcado inevitablemente por algún achaque) quieren concederse las diversiones, los placeres, el tiempo libre y los viajes a los que antes tuvieron que renunciar. El papel y el sentido de la madurez como punto de encuentro entre generaciones y en la educación de los hijos actualmente se han reducido, y tal vez todo el mundo querría decir sí al deseo de Bob Dylan: «Forever young, forever young / May you stay forever young» [Siempre joven, siempre joven / que siempre permanezcas joven].²⁴

En el imaginario colectivo de culturas como la nuestra, en la que se induce a la gente a perseguir la eficiencia, la prestancia física, un aspecto atractivo y la satisfacción inmediata de los deseos, la vejez con frecuencia se enmascara y se niega hasta el punto de comportarnos como si no existiera. Se ha convertido ya en la sutil línea de demarcación entre una madurez prolongada y el momento en que se es consciente de precipitarse hacia el final. ¡Ay de aquel que se rinde al paso del tiempo, del que alza la bandera blanca ante su inexorable avance, del que no practica el *fitness* y descuida el aspecto físico! ¡Ay de aquel que no borra u oculta los signos de la edad mediante cremas, lociones, tintes, trasplantes de cabello, dietas férreas, masajes, gimnasios, entrenador personal y cirugía plástica!

Es cierto que los resultados no siempre son satisfactorios o gratificantes, es más, como bien sabía Pirandello cuando esos remedios todavía no estaban extendidos, a menudo resultan hasta patéticos. Al expresar piedad por las manifestaciones aparentemente más ridículas del esfuerzo por pretender seguir pareciendo jóvenes, Pirandello muestra cómo esa «anciana señora», con los cabellos teñidos, «untados de no se sabe bien qué horrible grasa, y luego burdamente pintada y vestida con ropas juveniles», quizá no encuentra ningún placer en vestirse «como un loro [...] sino que tal vez sufre a causa de ello y lo hace solo porque se engaña piadosamente y piensa que, vestida así, escondien-

do sus arrugas y sus canas, conseguirá retener el amor de su marido, mucho más joven que ella». ²⁵ Sin embargo, desde que la cosmética y la cirugía plástica hicieron grandes progresos, como ocurre ahora, y nos «embellecemos» para nosotros mismos y no solamente para los demás, el miedo a parecer «mamarrachos» se ha reducido hasta desaparecer casi por completo.

Se desvanece así también la visión relativamente más positiva de la vejez que, respecto a la de Aristóteles, tenían los romanos, para quienes esta no solo constituía «la edad más digna del hombre», debido a la sabiduría y experiencia acumuladas, ²⁶ sino que tenía también, en sus representantes, en la *gravitas* de su comportamiento, el ancho y majestuoso estuario del río de la tradición, que siempre aumenta su caudal gracias a los afluentes de las nuevas generaciones.

5. La prolongación de la esperanza de vida tiene también un aspecto muy negativo, que cada vez es más evidente: el aumento, entre las enfermedades invalidantes o en todo caso graves, de las llamadas demencias seniles, especialmente del Alzheimer, que supone el 50 por ciento de los casos. El resto se subdivide entre la enfermedad de Pick (que mantiene intacta durante más tiempo la capacidad de leer y de escribir y que se caracteriza por la agitación psicomotriz) y las demencias de origen vascular, tumoral, infeccioso o traumático. Se calcula que el 30 por ciento de los ancianos de 85 años padece la enfermedad de Alzheimer (actualmente están afectadas en España entre 600 000 y 800 000 personas y se calcula que en el 2050 la padecerá una de cada 85 personas en todo el mundo).

Además de por la pérdida del sentido de la orientación, la reducción de la movilidad y los frecuentes cambios de humor, esta enfermedad se caracteriza por un progresivo deterioro de las facultades superiores que se habían ido desarrollando con el tiempo: la memoria, la inteligencia y la voluntad (en resumen, todo se conjura para provocar la

progresiva extinción de la conciencia). Concretamente se ven afectadas la memoria pasada (que se refiere a episodios tanto del pasado remoto como del pasado reciente), la memoria semántica (que consiste en no encontrar las palabras adecuadas, en confundir y enredar las frases hasta culminar con la afasia) y la memoria procedimental (que se manifiesta en la incapacidad de realizar operaciones, incluso sencillas, que antes se realizaban de manera automática). Curiosamente, si es cierta la teoría de los tres cerebros elaborada por Paul MacLean —el reptiliano, el más antiguo, responsable de los impulsos y de los apetitos, el límbico y el neocórtex—²⁷ parece que el primero es el que más intactas conserva sus funciones, como demostraría la especial atención que los pacientes muestran por las películas pornográficas.

En resumen, la persona afectada de Alzheimer en su estadio más grave ya no sabe quién es, no es capaz de relacionar, está desorientado. Su identidad personal (término acuñado por el filósofo John Locke en la segunda edición del *Ensayo sobre el entendimiento humano*, de 1694) solo es posible si no se corta el hilo de la memoria de las cosas pasadas y no se extingue el *concern*, la preocupación por las cosas futuras.²⁸

Desgraciadamente, aunque el conocimiento del fenómeno del Alzheimer avanza muy deprisa gracias a las investigaciones cada vez más rigurosas, los medios para aliviar o retardar la enfermedad avanzan a una velocidad mucho más lenta: excepto algún proyecto prometedor, desde hace cuarenta años se utilizan los mismos y escasos fármacos. Y no se trata, como en el caso de las enfermedades raras, de una falta de inversiones por parte de las grandes industrias farmacéuticas que —como demuestra el ejemplo de la Viagra en el caso de los ancianos— tienen muchísimo interés en desarrollar esta investigación.

6. Sostener que lo que caracteriza a los jóvenes es la esperanza, como afirmaba Aristóteles en su tiempo, resulta hoy,